



ENRIQUE
JARDIEL
PONCELA

EXCESO DE EQUIPAJE

Esta es la obra en que Jardiel poncela se ofrece al público en todos sus aspectos de escritor. Novelas cortas pertenecientes a los mas distintos géneros: monólogos teatrales, en prosa y verso, sátiras sobre objetivos tan dispares como el de los deportes en boga y determinados rasgos de la vida y el carácter españoles.

El novelista, el dramaturgo, el escritor que fue cultivando todas las especialidades literarias y en todas triunfó se dio por entero, sin regateo de ninguna de sus dotes singularísimas de ingenio, de originalidad, de observador irónico y finísimo de la vida y de crítico certero de hombres y cosas.

A José Luis Castillo Antiguo y noble amigo y consejero

Le debía a usted, querido Ruiz Castillo, una larga dedicatoria, y se la reservaba para estamparla al frente del tomo de Memorias titulado Sinfonía en mí, que deseo dar lo más pronto posible a la imprenta para explicación y resumen de los primeros cuarenta años de mi vida; pero he decidido, espoleado por el afecto y el espíritu de justicia, no dilatar ese amable deber hasta límites tan siniestros como son los impuestos por una fecha ignorada e imprevisible.

Tengo que agradecerle a usted:

el haberme hecho entrar, hace quince años, en el camino supremo del libro;

innumerables impulsos y alientos, en horas de desmayo, para continuar por ese camino una vez ya situado en él;

consejos literarios de variada índole, tanto novelísticos como teatrales;

relatos y anécdotas generadoras de experiencia;

gratísimas tardes de charla amena o fecunda y su amistad de cada época y de cada día.

Sirva, pues, esta dedicatoria, tan largamente planeada y en la que todo ello queda reconocido leal y calurosamente;

como pago público a su generosa y espiritual actitud de siempre para conmigo.

E. J. P.

Justificación innecesaria

He aquí, mis leales amigos —como anuncié en el prólogo a la última edición de *El libro del convaleciente*—, el segundo volumen de trabajos cortos, titulado EXCESO DE EQUIPAJE.

Copio uno de los párrafos escritos entonces; decía yo allí, refiriéndome al citado tomo, que ahora tenéis en vuestras manos: *«Con él quedará reunida toda la labor de carácter breve —cuento, artículo, cine, monólogo, conferencia, novela corta, pasatiempo, escorzo y boutade— que salió de mi pluma en la época de mis colaboraciones en diarios, revistas y emisoras de radio, labor hasta ahora dispersa y no muy importante seguramente, como todo lo que se escribe para que viva una semana, un día o unas horas; pero que, con los cinco tomos de novelas y los siete volúmenes de teatro, completará ante el lector asiduo y fiel el casi total esfuerzo de dieciséis años de vida artística, durante los cuales abordé todos los géneros y pisé todos los terrenos».*

Sólo, pues, el deseo de poder ofrecer, reunido, bajo la firma de una única Editorial, y en catorce volúmenes, casi todo el esfuerzo llevado a cabo desde que comencé mi lucha literaria hasta el momento presente, me ha empujado a hacer la recopilación de últimas cosas dispersas que significa este nuevo tomo; y sólo el agradecimiento que, a lo lar-

go de tan largos años de trabajo, le debo al espectador y al lector, me ha movido a dar a la imprenta dicha recopilación.

Con ello, ese lector y esa lectora —excepcionalmente leales— que innúmeras veces se han dirigido a mí, desde el propio Madrid, desde provincias lejanas y, a veces, desde países remotos, pidiéndome tal o cual cuento, tal o cual artículo deseado y no logrado, quedan servidos.

Con ello quedan servidos también mis futuros biógrafos, que los habrá con el tiempo, cosa que auguro con toda certeza, en primer lugar porque me consta de qué poderosa e indeleble manera ha influido mi pluma en nuestra Literatura contemporánea, y en segundo lugar, porque sé perfectamente que cuando yo desaparezca de la esfera activa, hasta los que ahora los niegan con mayor cerrazón, estarán de acuerdo en reconocer el ímpetu y la indelebilidad de esa influencia individual mía sobre las Letras españolas actuales.

Y con ello queda servida —en fin— mi propia persona, pues al elegir definitivamente entre los viejos papeles publicados lo que ha de incluirse en este **Exceso de equipaje** y lo que ha de destruirse para siempre hasta considerarlo como no escrito jamás, llevo a término una especie de testamento literario, confesándome «culpable» de lo elegido y declarándome inocente de lo que destruyo por mis propias manos en esta fecha presente.

Y, como consecuencia decisiva, vengo en advertir para el futuro —y con vistas a posibles publicaciones hechas por también posibles *editores-piratas* cuando yo haya desaparecido de la circulación— lo siguiente, que conviene mucho estampar en mayúsculas:

QUE TODO CUANTO NO ESTE INCLUIDO
EN MIS CINCO NOVELAS GRANDES, EN MIS
SIETE TOMOS DE TEATRO, EN EL «LIBRO DEL
CONVALECIENTE», EN EL VOLUMEN «MÁXI-
MAS MÍNIMAS» Y EN ESTE «EXCESO DE EQUI-

*PAJE», SEA TRABAJO ESCÉNICO O IMPRESO,
Y AUNQUE SE HALLE CON MI FIRMA AL PIE,
NO ES MÍO NI LO ACEPTO COMO ESCRITO
POR MÍ.*

Con todo afecto, mis queridos y leales amigos,
lectora y lector.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA.

Madrid y Barcelona, noviembre de 1943.

Mis viajes a Estados Unidos^[1]

PARÍS-EL HAVRE
EL HAVRE-NEW YORK
LO DIFÍCIL QUE ES PISAR EL ASFALTO
DE BROADWAY
NEW YORK (LA CIUDAD MENOS PARECI-
DA A MADRID QUE MÁS SE PARECE A MA-
DRID)
CHICAGO (EL PUEBLO CUYO NOMBRE
AÚN DA MIEDO)
LOS ÚLTIMOS TRES MIL KILÓMETROS
LOS PRIMEROS VIRAJES PORHOLL-
YWOOD
HOLLYWOOD EN MESA REVUELTA

I Paris-El Havre

El «directo especial»

París. Cinco de la tarde del 24 de septiembre de 1932.

París (1932)

París... ¡París! *Voilà* París!
Asfalto azul y cielo gris
que se contemplan *vis-à-vis*,
o, mejor dicho, *téte-à-téte*.
Aristocracia en flor de lis
hacia la Estrella y Saint Denis.
Pueblo burgués en La Villete.
Frauleins y niños. Y una *miss*
junto a una estatua del rey Luis
en un jardín. *Voyons, Pierrette,*
viens done ici; ne sois pas bête!
Rue de la Paix. Hotel Claridge.
Puestos de libros. *Casa Hachette.*
Capas de piel de *petit-gris*.
Y en el «Casino» una *vedette*
mucho más vieja que el país,
a quien la gente llama

«Mistinguette».

Estación de San Lázaro.

Centenares de viajeros que van y vienen con el atontamiento propio de todos los viajeros. *Grooms* de hoteles con uniformes de color ficha de *poker* y caras de aspecto de fruta podrida. Máquinas automáticas que no funcionan. Mujeres elegantes y mujeres cursis (las cursis más guapas que las elegantes). Intérpretes que se hacen un lío y les hablan en ruso a los ingleses y en alemán a los belgas. *Nurses* de coche-cama. Neblina. Humedad. Silbidos agudos. Confusión, Focos de luz agria que empiezan a encenderse. Presentaciones. Agentes de vigilancia. Anuncios del chocolate «Menier».

Vía tercera; vía cuarta; vía quinta; vía sexta... Aquí está la nuestra. Un tren formado y un letrero redactado en francés y en inglés:

**Directo especial al Havre
(Exclusivo para los pasajeros del «Samaría»)
Cunard Line
(Chimeneas rojas)**

He aquí el tren que va a llevarnos al Havre, donde embarcaremos para Nueva York.

Grupos apiñados a lo largo del expreso. (Los que van a marchar permanecen en el andén, haciéndose la ilusión de que se quedan. Los que van a quedarse recorren los vago-

nes y se sientan en los divanes, haciéndose la ilusión de que se marchan.)

De pronto, la locomotora lanza un rugido. Precipitadamente bajan unos y suben otros. Se intensifica el clamoreo; y el «directo especial», que sólo lleva futuros pasajeros del *Samaria (Cunard Line — Chimeneas rojas)* y baúles de los futuros, pasajeros del *Samaria (Cunard Line — Chimeneas rojas)*, y máquinas de escribir de los futuros pasajeros del *Samaria (Cunard Line — Chimeneas rojas)* y un loro que da vivas a Lincoln, de un futuro pasajero del *Samaria (Cunard Line — Chimeneas rojas)*, sufre de cabeza a cola un violento estremecimiento y echa a andar. Los que han venido a despedir a los viajeros aúllan desesperadamente en varios idiomas:

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Buen viaje!

Pero pronto se comprueba lo de siempre: que el tren no se iba aún, sino que estaba haciendo maniobras, y durante un rato nadie sabe qué decir; todo el mundo mira el reloj, hasta que, al fin, recomienzan, también en varios idiomas, esos clásicos diálogos de las despedidas, en los que nos hemos apoyado algunos filósofos de la escuela pesimista para sostener que la idiotéz humana es internacional. Por ejemplo:

—*¿Se te olvida algo de lo que llevas en las maletas?*

O también:

—*El tiempo es bueno; tendrán ustedes una agradable travesía.*

—*Sí; a no ser que el tiempo se ponga malo; en cuyo caso la travesía será desagradable.*

Etcétera, etc.

Estallan fósforos a derecha e izquierda y se empieza a fumar sin ganas. Los de arriba y los de abajo cruzan sonrisas que no podrían explicar ninguno si se vieran en el aprieto de hacerlo. A muchos les ataca el paludismo de comprar *L'Intransigeant* y lo hojean ansiosos, como si esperaran en-

contrar en él su esquila mortuoria. En todas las cabezas bulle la idea de que el tren tarda ya demasiado en salir.

Suenan campanadas para los viajeros y silbidos para el maquinista. ¿Por qué a los maquinistas se les silba antes de salir, si entonces todavía no han hecho nada malo? Siempre me he temido que esa injusticia tenga la culpa del 80 por 100 de los descarrilamientos.

Llegan pasajeros apresurados, entre ellos una viajera elegantísima, que absorbe la atención general. Ahora se piensa que el tren va a salir demasiado pronto, dejándose en París a la viajera. Ésta corre por el andén un *marathón* de senos temblorosos. Puede suponérsela noruega o sueca o danesa. Es rubia como una patata frita; esbelta, delgada y guapísima. Lleva en los brazos un inmenso ramo de flores y lo aprieta contra su corazón palpitante como si fuera el marido de una compañera de colegio. Dos caballeros, también de aire escandinavo, la escoltan en su carrera con once maletines, un perro de bolsillo nacido en Pekín y otro gran ramo de flores.

¿Perderá el tren? ¿Logrará tomar el tren? Lo toma. Ya salta al estribo, seguida de uno de los dos caballeros, y cuando ambos, ya dentro, se asoman a la ventanilla, el otro caballero va izando sus maletines, las flores y el perro cogido del rabo.

—*Good bye!*

—*Good bye, darling!*

La dama se dobla hacia el exterior para despedirse; el perro, con el hocico machacado contra el cristal, gruñe convulsivamente, y ella se ve obligada a colmarle de besos. Doscientas miradas la envuelven y acarician, y todos los hombres presentes querrían ser el perro. Después querrían ser el caballero que ha quedado en el andén, porque es a él a quien la dama, desde lo alto de la ventanilla, empieza a lanzar besos y sonrisas, hasta que, deseando hacerle una ofrenda mayor, intenta tirarle uno de los ramos de flores,

pero se arma un lío, se equivoca y le tira el perro. Todos nos alegramos mucho, menos el perro.

Y entretanto, el *directo-especial* arranca suavemente, a traición, como suelen hacer estas cosas los trenes, y emprende su caminata hacia El Havre. Nadie se ha despedido de nadie.

Los primeros minutos. — paisaje romántico

Con la frente apoyada en la vidriera, que es la postura recomendada por la Agencia Cook para estos casos, veo cómo por un lado el crepúsculo avanza y por el otro París retrocede; pronto ya no es en la lejanía más que un *affiche* del turismo; luego, una fotografía de revista ilustrada; después, una tarjeta postal; más tarde, un sello de Correos, y, al fin, queda sustituido por un cartelito —visible de día y de noche— que se halla a la derecha de la vía y que sirve para orientar a los ejércitos invasores cuando irrumpen en Francia:

A París 20 kilómetros

El cielo se viste de cardenal del Renacimiento en vacaciones.

Brota en el horizonte la luna; está muy pálida: quizá no se encuentra bien. Tras de las ventanillas el paisaje se ha puesto romántico, y como nadie hace caso de él, al poco tiempo se pone más romántico todavía.

Norte de Francia. Caminos mojados y relucientes. Caballos de gruesas y peludas patas, machacando carreteras de un color de acero azulado. Llueve de un modo manso y la

lluvia no cae de las nubes, sino de los árboles. Vacas de leche, paredes cubiertas de musgo y ciclistas con bufanda.

El tren, en su soberbia un poco ridícula de hombre de negocios, cruza impasible ante pueblecitos de aire medieval: Vaux, Triel-sur-Seine; y desdeña abadías melancólicas, cuyos muros lloran yedra; y atraviesa, sin cesar en su estruendo, cerros y valles, que se habían dado ya las buenas noches; y se hunde, echando humo groseramente, en delicados bosques de castaños.

Todo esto acaba por ponerme triste.

(Me entristece, sí, la brutal conducta del tren, y me entristece también el que, después de todo, no estoy seguro de que los bosques sean de castaños.)

Suspiro y abandono la vidriera para buscar mi departamento.

Vagón A: 1,2, 3, 4, 5, 6, 7, 8.- Vagón B: 1,2, 3...

La metamorfosis

Empiezo a oír palabras perdidas cada una de las cuales es un tema de conversación que se desarrolla.

—*Boston... Kansas... Hoover... Radio City.*

En los pocos minutos que he permanecido con la frente apoyada en la vidriera se ha operado un cambio inexplicable a bordo del *directo especial*. ¿Son éstas las mismas gentes que, bajo la marquesina de la estación de San Lázaro hojeaban ansiosas *L'Intransigeant*?... Sí. Son las mismas; pero nadie lo diría. Antes se confundían y desdibujaban en la atmósfera europea. Ahora, como el tren va lleno de «yanquis», parece otro que el que acaba de despegar de París. Y, por contera, el pensar que la convivencia general no cesará ya en varios días, les ha recordado a todos el término del viaje, es decir: New-York. Y Europa ha desaparecido por

completo y lo domina todo Norteamérica. Ha aumentado de pronto la estatura de los hombres. El calzado es ancho; los trajes, mal cortados, y todo el mundo lleva un sombrero que no es de su número. Los pies descansan a un nivel superior que la cabeza. A las mujeres se les han subido los vestidos por encima de las rodillas y les ha bajado el nacimiento del pecho hasta la cintura. Se pronuncia el inglés con gargarismos. El chaleco que aprieta se desabrocha; los zapatos que molestan se cambian por zapatillas y se tiran al diván de enfrente, y el caballero que lee la Prensa le mete por un ojo la sección de *anuncios por palabras* al viajero que está al lado, sin que al uno se le ocurra doblar el periódico ni el otro piense en retirar su ojo una pulgada. Tres o cuatro taquígrafas, con el *block* sobre la gasa de las medias, toman de boca de sus jefes las respuestas urgentes, que no hará falta enviar hasta dentro de ocho días, y aquí y allá surgen mecanógrafas rubias y máquinas de escribir negras que funcionan vertiginosamente, redactando cartas que se nota que no van a servir para nada. Los robres les dan la razón a las mujeres en sus diálogos, y cuando ellas opinan cualquier tontería, hacen gestos de aprobación y asentimiento. El loro del departamento 4 del vagón A lanza su enésimo viva a Lincoln, y el mono de la viajera solitaria del vagón contiguo se columpia del asa de un maletín, encasquetándose un gorro fabricado con las páginas centrales de *Life*. Se habla sin abrir la boca, pensando en el «negocio», y se comen naranjas sin quitarles la cáscara, pensando en la vitamina B. Se muerden puros. Se bebe *whisky* y se masca goma. En lugar de pronunciar París, se pronuncia Páris. Y en vez de decir *all right!*, se dice *okay!*

(Y es que aún corremos por los campos de Francia, pero ya vivimos en Estados Unidos; es que aún nos hallamos a orillas del Sena, pero ya la humedad que se siente sube del Hudson; es que aún puede verse en el horizonte las claridades de Montmartre, pero ya los viajeros charlan a la luz de las lámparas de Brooklyn.)